

## SOBRE UNAS NOTAS INÉDITAS DE ORTEGA

José ORTEGA y GASSET: *Notas de trabajo: epílogo...*, Edición de José Luís Molinuevo. Alianza Editorial. Fundación José Ortega y Gasset.

por José LASAGA

«Mi obra es, por esencia y  
presencia, circunstancial»  
Ortega

Todos los grandes escritores, cuando mueren, dejan, entre otras cosas, un armario lleno de papeles sin publicar. El caso de Ortega es, pues, semejante al de tantos otros, aunque con alguna particularidad, la que se origina en la cantidad y calidad de lo no publicado: una tercera parte, aproximadamente de lo contenido en sus obras completas -edición en doce tomos (los vols. VII, VIII, IX y XII contienen obra inédita)- no fueron dados a la imprenta por Ortega, al menos en formato de libro; así como por la importancia de estos para juzgar el alcance de su filosofía. No sólo el ciclo de cursos universitarios de finales de los años veinte y principios de los treinta: *¿Qué es filosofía?*, *¿Qué es conocimiento?* (no incluido en la ed. de *Obras Completas*) y *¿Qué es metafísica?*, o un texto tan crucial como *Prólogo para alemanes*, sino grandes obras de su madurez tardía como *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva* o *El hombre y la gente* se quedaron en el armario (o en el archivo). Cuando uno de sus estudiosos y discípulos, José Gaos, quien a raíz de la muerte de Ortega en 1955 había dedicado una serie de conferencias y artículos al propósito de establecer un primer balance de su filosofía, recibió los primeros inéditos, se apresuró a reconocer que

estos obligaban a rehacer la imagen y los perfiles de una obra de la que no se conocían porciones sustanciales.

Probablemente sea este aparente desdén hacia la publicación de libros uno de esos rasgos de la biografía de Ortega que precisen de una aclaración. Tanto más difícil de dar si se tiene en cuenta que, por otro lado, hubo tiempos en que anunciaba la inmediata aparición de libros que luego no sólo no vieron la luz, sino que tampoco se encontraron, como tales, entre sus papeles. El caso más conspicuo es sin duda el de *Aurora de la razón histórica*. No se ignora que Ortega prefirió formas de comunicación como la conferencia, la lección, el artículo y el ensayo antes que la del libro, sobre cuya naturaleza reflexionó en alguna ocasión, encontrándole más pegadas de las que hubiera sido de esperar en un profesional de la letra impresa. Rodríguez Huéscar ha observado que Ortega fue uno de los últimos grandes retóricos de Occidente y es posible que en ese don suyo de la palabra hablada o vivida resida una de las claves capaces de explicar su renuencia (teórica y práctica) hacia el libro. Aquí no se puede ni rozar este asunto de la relación entre el pensamiento de Ortega y las formas en que se condesó y propagó, pero creo que él mismo dio claves valiosas al insistir en el carácter circunstancial de su pensamiento y al defender la elegancia -tal y como él la entendía, a partir de su raíz etimológica: *eligencia*: el que elige y elige bien- como uno de los ideales que había adoptado para orientar su vida.

La reciente publicación de *Notas de trabajo. Epílogo...* en edición de José Luis Molinuevo proporciona la ocasión para volver sobre estas cuestiones. Y nos encontramos con la ironía de que lo que se presenta materialmente como un libro, no lo es. Me consta que Soledad Ortega expuso a la editorial su deseo de que el formato de estas notas reflejara su condición de "no-libro", aunque finalmente no se hallara la fórmula adecuada. Por su parte, el editor afirma taxativamente que estas notas «no son un libro de Ortega» ni contienen novedades o añadidos sustanciales a su obra ya publicada (p.15). Esta constatación se abre irremediamente a la pregunta por la oportunidad, es decir, por la justificación de su publicación. Cabe

resumir las razones que ofrece su editor en las siguientes: a) el proyecto de edición de la obra postuma «contempla la obligación de editar las Notas de Ortega»; y sobre todo, b) éstas suponen una ayuda inestimable «para conocer la génesis de una obra en la que, sin duda, han de estar interesados los investigadores y estudiosos de la misma» (p. 13).

El título elegido para poner al frente de estas anotaciones elaboradas entre Lisboa y Estoril, en 1943-44<sup>1</sup> alude al proyecto para el que fueron preparadas: un epílogo a la segunda edición de la *Historia de la filosofía* de Julián Marías que estaba a punto de salir. Por lo que respecta a los criterios de edición, es un acierto el respetar la “intención de orden” elaborada por el propio Ortega en la «Arquitectura del Epílogo» (que se publica como capítulo introductorio); así como realizar la selección teniendo en cuenta «aquellas notas que desarrollan un pensamiento, aun en su brevedad» (p.30). Y se ofrecen al lector articuladas en dieciseis capítulos, cuyos contenidos temáticos son básicamente los tres que han permitido al editor ordenarlos en otras tantas secciones o partes. Una primera dedicada a las *Consideraciones generales sobre la filosofía en sus comienzos*; una segunda *Mirada hacia atrás*, en que se reflexiona sobre el origen histórico de la actividad humana que es el filosofar, con análisis -y notas de lectura- sobre la mente primitiva, la magia como forma de pensamiento, el mito y el surgimiento de la filosofía como otra forma de enfrentarse a las necesidades humanas, distinta de las anteriores. (Esta es la parte más extensa de *Notas-Epílogo*). Y una tercera *Mirada hacia adelante* en que Ortega reúne, junto a entradas procedentes de sus cursos de los años treinta sobre la estructura metafísica de la vida humana, valiosas observaciones sobre filósofos y filosofías de su (nuestro) horizonte histórico como la fenomenología de Husserl, Dilthey, Heidegger, etc.

---

<sup>1</sup> Doy las fechas en que hay constancia de que Ortega estuvo trabajando en la elaboración y clasificación de las notas. Molinuevo señala que el periodo abarcado por éstas va de 1940 a 1946, aunque algunas proceden de cursos de los años treinta (p.30).

Como es usual en una edición de estas características, el profesor Molinuevo da en nota las referencias a las ediciones manejadas por Ortega en sus lecturas. También especifica las variantes del manuscrito, cuando hay palabras tachadas o superpuestas, aunque no estoy seguro de la utilidad de esta información para el lector que ve entonces interrumpida su marcha por la llamada de la nota.

Se ha señalado que cualquier modo de decir es incompleto, fragmentario, necesitado siempre de un contexto de interpretación que ayude a precisar su sentido. Así pues, estas notas, organizadas en principio para servir de apoyo a la redacción de un artículo que cerraría el paseo por las teorías filosóficas elaborado por Marías, poseen un valor añadido -añadido al valor que les confiere el ser fruto de «la íntima labor especulativa» del filósofo<sup>2</sup>- en tanto que nos dan el contexto de preocupaciones, meditaciones, lecturas y proyectos de estos años de relativo aislamiento, en vísperas de su vuelta a España. Como explica el editor en su introducción, el texto inicial creció hasta convertirse en un grueso manuscrito que pedía, dado su tamaño, ser publicado aparte, aunque conservando su título, título que daba identidad circunstancial al libro. Y si es verdad que los libros tienen su propio destino<sup>3</sup>, en el de éste se hallaba el de no llegar a convertirse en tal. No es conocida la razón por la que el manuscrito fue abandonado en una fecha imprecisa. Sabemos que parte de su contenido se reorganizó para convertirse en el ciclo de conferencias que dio Ortega en la Facultad de Letras de Lisboa a finales de 1944 con el título, ya usado en Buenos Aires, *Sobre la razón histórica*; que poco después sirvió de punto de partida a otra *Sobre el teatro*, pronunciada primero en Lisboa y luego en el Ateneo de Madrid, en el primer acto público de Ortega tras su vuelta a España en agosto de 1945; y que poco después revisó el proyecto pensando ya en dos libros: junto al *Epílogo*, prepara un *Origen de la*

---

<sup>2</sup> La expresión entrecomillada es de Soledad Ortega, Presentación, p.10.

<sup>3</sup> *Habent sua fata libelli*, dice Ortega en el prólogo a *Ideas y creencias* de su "futuros" libros *Aurora de la razón histórica* y *El hombre y la gente* (O.C., V, 379).

*filosofía* que aparecería como obra independiente. Molinuevo señala que es en ese mismo verano del 45 cuando Ortega decide la separación, pero tampoco este segundo plan llegará a realizarse<sup>4</sup>. La vuelta a España y el proyecto de creación del Instituto de Humanidades puede ser una explicación plausible del cambio de planes, aunque no lo suficiente para arrebatar a esta inclinación de Ortega a no terminar sus libros el rango de enigma biográfico, pues se va a repetir hasta el fin de su vida.

Y es justamente el hecho de quedar en obra inacabada lo que confiere a estas notas su importancia para nosotros, pues eso favoreció que siguiera siendo punto de referencia y de consulta del propio Ortega en muchas de sus producciones posteriores. Además de los trabajos “desgajados”, por decirlo así, directamente de estas notas, no es difícil rastrear los vínculos temáticos y de lecturas que unen este elenco con los dos grandes manuscritos de este periodo de la producción de Ortega: *La idea de principio en Leibniz y El hombre y la gente*. No es, pues, arriesgado afirmar que estas páginas ahora publicadas constituyen el medio de reflexión y de trabajo intelectual cotidiano de la creación orteguiana posterior a 1942.

El editor, J.L. Molinuevo, ha querido subrayar su importancia señalando que los referentes de estas notas no son sólo el “epílogo” para Marías y el libro, sino un proyecto de más vasto alcance que describe en los siguientes términos:

«Por otra parte, [Ortega] cree llegado el momento de comenzar a dar en forma sistemática y continuada esas grandes obras siempre anunciadas y siempre demoradas. En términos platónicos que hace suyos, se trata de una 'segunda navegación', de una nueva orientación en una Europa desorientada, y cuya crisis le ha afectado también radicalmente a él» (p.16).

---

<sup>4</sup> Salvo unas pocas páginas enviadas para el tomo de homenaje a Jaspers en su setenta aniversario (1953), el manuscrito permaneció inédito hasta que en 1960 P. Garagorri publicó una parte bajo el título *Origen epílogo de la filosofía*.

En consonancia con este punto de vista, afirma que «*Epílogo* es el cumplimiento de ese libro nonnato y proyecto que es la 'Aurora de la razón histórica'» (p.20). Coincido con Molinuevo en el interés de estas notas para la comprensión de la obra orteguiana en su última fase y me parece un acierto que ancle el proyecto *Epílogo* en el vital que Ortega precisó en 1932, bajo la metáfora de la *segunda navegación* a la que tantas veces recurriría. Como es sabido, el lugar solemne en que Ortega la pronunció por primera vez es en la frase final del prólogo a una edición de sus obras en 1932.

A mi modo de ver (y abandonando lo que sería el terreno propio de un reseña), tiene su importancia mostrar la continuidad entre los grandes textos de los años treinta y los de los cuarenta a pesar de las crisis española y europea. En contra de algunos juicios de valor<sup>5</sup> que sitúan en la guerra civil española una ruptura -un antes y un después- en la producción orteguiana, de la que se seguiría que lo escrito desde entonces es de inferior calidad tanto filosófica, como estilísticamente, creo que el "nivel" alcanzado en textos como *En torno a Galileo* o *Historia como sistema* es semejante, y en ningún caso inferior, a los escritos después de la guerra civil y antes del proyecto "Epílogo" y que pueden figurar entre lo mejor de nuestro filósofo: los Prólogos a la *Historia de la filosofía* de E. Brehier, a *Veinte años de caza mayor* del Conde de Yebes o a las *Memorias* de Alonso de Contreras. En rigor, no habría que hablar tanto de una segunda navegación, como de una segunda singladura dentro de esa segunda navegación iniciada en 1932 que significaba, en la intención del navegante, el abandono o, al menos, preterición de algunas formas de publicación, la del artículo, por otras más acordes con las nuevas urgencias de este momento de su vida: hacer teoría, escribir libros. Hace unos años se publicó una carta dirigida por Ortega a Marañón, en la que su autor se excusa por no aceptar la invitación a formar parte de la Academia de la Lengua. Y la razón que esgrime es la siguiente:

---

<sup>5</sup> Recientemente, la biografía intelectual de R. Gray *José Ortega y Gasset. El imperativo de la modernidad* (Madrid, Espasa, 1994. Cf. pp 22-23 y cap. 7 y 8), quien se apoya en el ya clásico estudio de Pedro Cerezo Galán *La voluntad de aventura* (Barcelona, Ariel, 1983. Véase de éste su último capítulo).

«..y empieza a angustiarme la visión de que mi obra, a la que he dedicado todos mis esfuerzos, está por hacer. Es verdaderamente angustiioso saber con atroz precisión que esa obra está ya ahí, es decir, en la propia cabeza, completamente formada y que al mismo tiempo no está ahí porque no está fuera de uno, materializada, escrita. No hay ya holgura para esperar. El paisaje se angosta: ya se ve, nada lejos, como una serranía, la fina línea blanca del fin de la vida. ¡Y queda tanto que manuscibir, letra a letra, palabra tras palabra...!»<sup>6</sup>.

Mi intención al sugerir estos matices en la interpretación de la metáfora “segunda nevagación” no es otra que la de reclamar para 1932 la fecha en que se produce en Ortega un cambio biográfico decisivo y éste en dos respectos diferentes aunque íntimamente relacionados: en el de su creación filosófica, como acabamos de ver, y en el de su actividad como intelectual que actúa en la arena política. Pues es también en 1932 cuando Ortega abandona sus quehaceres en la esfera pública, dimitiendo como diputado, disolviendo la Agrupación al Servicio de la República y anunciando que en lo sucesivo no intervendrá ni opinará sobre estos asuntos<sup>7</sup>. El tan debatido “silencio de Ortega” tiene pues su origen e inicio en este año de balance vital. Que luego, por efecto de los trágicos acontecimientos que se siguieron de la insurrección de julio de 1936, decidiera profundizar y radicalizar ese silencio en vez de romperlo, es otra cuestión abierta a interpretaciones y valoraciones, cuestión de gran trascendencia pero que no puede ser desarrollada aquí<sup>8</sup>. Ortega

---

<sup>6</sup> *ABC literario*, 16-II-1991, p. IX. La carta es del 22 de mayo de 1935.

<sup>7</sup> Cf. la carta que Ortega dirigió al diario *Luz* el 1 de abril de 1933 comentando su anterior retirada de la actividad pública (O.C., XI, 519). Y de A. Rodríguez Huéscar, «Notas y reflexiones sobre Ortega y la política», en *Semblanzas de Ortega*, Madrid, Anthropos, 1994.

<sup>8</sup> Ortega había escrito esto, comentando un libro de Scheler, en 1916: «Pero estoy

fue dañado como tantos otros españoles, por los sucesos que vivió su país. Pero conviene recordar que la perspectiva del filósofo había cambiado antes de que lo hiciera este plano específico de su circunstancia. Se había cumplido el ciclo de lo que cabía hacer por España y ahora era preciso, para seguir haciendo lo mismo, atender a lo que acontecía en Europa.

Abandonada la política, Ortega quedaba en franquía para manuscibir su obra. ¿Lo hizo? A juzgar por los volúmenes de inéditos, sin duda. La escribió, pero no la publicó. Escribió pero no se decidió a terminar ninguno de sus “grandes” libros. ¿Desgana y cansancio? ¿Inconstancia taurina, como sugiere Marías al explicar el inacabamiento del *Leibniz*?<sup>9</sup> ¿Pérdida de su público, de modo que Ortega no sabría a quien dirigirse?<sup>10</sup> A mi modo de ver, ninguna de las explicaciones es satisfactoria. Si Ortega no terminó ninguno de sus libros, si prefirió ofrecer su presencia viva en conferencias a escribir, retirado, libros para la posteridad, es porque así pensó que se lo exigía la situación histórica. Y es que la situación histórica había alterado los radicales del proyecto filosófico que tenía Ortega en 1932, lo que a su vez condicionaba la forma en que se podía elaborar esa obra. Surgían del horizonte nuevas urgencias que obligaban a aplazar la *serena* construcción de libros. Ésta es la razón por la que dudo que Ortega persiguiera en *Epílogo* la construcción de una aurora de la razón histórica. Y si cabe hablar de continuidad, habría que matizar en qué sentido *Epílogo* es conservación del proyecto de *Aurora*, pues no hay duda de que éste ha quedado modificado en función de la crisis que azota a Europa, detectada por Ortega en su celeberrima *Rebelión de las masas* y cuya naturaleza constituirá motivo de reflexión hasta su muerte.

---

<sup>9</sup> «Se ha hablado mucho de lo que Ortega tenía de torero (...). Pero no se ha ducho lo que tenía de toro, lo que explica todo un lado de su obra: Ortega no podía resistir la atracción del trapo rojo de un tema, e inmediatamente embestía.» *Acerca de Ortega*, Madrid, Revista de Occidente, 1971, p. 171.

<sup>10</sup> Esta sería la versión de P. Cerezo en *La voluntad de aventura*: «A partir de la guerra, Ortega quedó liquidado como intelectual y sólo podía subsistir como filósofo profesional *in partibus infidelium*...» (p. 429).



Aventuro una presunción: para Ortega ya no era prioritaria la tarea de una sistemática de la razón, sino la de reflexionar sobre el papel orientador y salvador que la razón había desempeñado en los últimos siglos porque parecía aniquilado por los recientes acontecimientos. Había que volver a la pregunta previa que Ortega ya se había planteado en el contexto histórico de 1929: ¿qué es filosofía? Sólo que ahora no está claro, siquiera, que *sea*, esto es, que tenga futuro, que los hombres sigan esperando algo de ella como fuente de sentido y salvación; acaso su tiempo se ha cumplido y se halla en trance de convertirse en otra cosa. Una atmósfera de peculiar escepticismo envuelve determinados pasajes de la producción tardía de Ortega, peculiar porque no anuncia una parada, sino un tránsito. Una vez más, las tareas de Ortega cambian con la circunstancia. Se abandona, al menos como motivo principal, la elaboración de una sistemática de la razón histórica, que es lo que habría sido aquella “aurora de la razón” anunciada a mediados de los treinta, un motivo situado al final de la serie dialéctica de la historia de la filosofía, consistente en la superación del modelo de la razón pura físico-matemática por el modelo de la razón vital o histórica. Pero la envergadura de la crisis impone ahora la necesidad de revisar la serie dialéctica misma para determinar su origen, sentido y posibilidad de continuación. Y a este menester parece dedicado todo el trabajo desplegado en estas notas de Epílogo, tal y como ha subrayado su editor. Repárese en que “epílogo” puede traducirse por “lo que viene después (o está más allá) del *lógos*”.

Lo que confiere su valor a estas notas ahora publicadas es su carácter de encrucijada de caminos. Muestran la esencial solidaridad entre vida y obra que fue capaz de llevar a cabo Ortega. Las posibles respuestas que los estudiosos de su obra den en el futuro a su silencio, a su renuencia a terminar libros y a publicarlos tendrán que tomar en consideración que vivió su tiempo con una conciencia muy clara de que hay que resolverse «entre lo que se *puede* hacer y lo que *hay que* hacer».

